

# LA SIMPATÍA DE LOS DOS MUNDOS

## Volumen 1 – Sermón No. 203

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE JULIO DE 1858,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se  
arrepiente”  
Lucas 15:10***

El corazón del hombre nunca es lo suficientemente grande para albergar sus alegrías o sus tristezas. Nunca has oído hablar de un hombre cuyo corazón estuviera exactamente lleno de dolor, porque apenas se llena, se desborda. El primer impulso del alma es contar su dolor a otro. La razón es que nuestro corazón no es lo suficientemente grande para contener nuestro dolor, y necesitamos tener otro corazón para recibir una porción de él. Lo mismo sucede con nuestra alegría. Cuando el corazón está lleno de alegría, siempre deja escapar su alegría. Es como la fuente de la plaza del mercado: siempre que está llena se escurre en riachuelos y tan pronto como deja de desbordarse, puedes estar seguro de que ha dejado de estar llena. El único corazón lleno es el corazón rebosante.

Tú lo sabes, Amado, has probado que es verdad. Porque cuando tu alma ha estado llena de alegría, primero has convocado a tus propios parientes y amigos y les has comunicado la causa de tu alegría. Y cuando esos vasos han estado llenos hasta el borde, ustedes han sido como la mujer que tomaba prestados vasos vacíos de sus vecinos, porque les han pedido a cada uno de ellos que sean partícipes de su alegría y cuando el corazón de todos sus vecinos ha estado lleno, has sentido que no eran lo suficientemente grandes, y el mundo entero ha sido llamado a unirse a tu alabanza.

Le pediste al océano insondable que bebiera en tu alegría. Hablaste a los árboles y les ordenaste aplaudir, mientras invocabas a las montañas y las colinas para que rompieran a cantar. Las mismas estrellas del Cielo parecían mirarte desde arriba y les ordenaste que cantaran para ti y todo el mundo se llenó de música a través de la música que estaba en tu corazón. Y después de todo, ¿qué es el hombre sino el gran músico del mundo? El universo es un gran órgano con poderosos tubos. El espacio, el tiempo, la eternidad, son como las gargantas de este gran órgano. Y el hombre, una pequeña criatura, pone sus dedos sobre las teclas y despierta al universo con truenos de armonía, agitando a toda la creación a poderosas aclamaciones de alabanza.

¿No sabes que el hombre es el sumo sacerdote de Dios en el universo? Todo lo demás no es sino el sacrificio, pero él es el sacerdote, que lleva en su corazón el fuego, y en su mano la leña, y en su boca la espada de dos filos de la dedicación, con la cual ofrece todas las cosas a Dios.

Pero no tengo ninguna duda, amados, a veces nos ha asaltado el pensamiento de que nuestra alabanza no llega lo suficientemente lejos, parece como si viviéramos en una isla aislada del continente. Este mundo, como un hermoso planeta, nada en un mar de éter sin ser navegado por ningún barco mortal. A veces hemos pensado que seguramente nuestra alabanza se limitaba a las costas de este pobre mundo angosto, que nos era imposible tirar de las cuerdas que podrían hacer sonar las campanas del Cielo, que de ninguna manera podíamos alzar nuestras manos tan alto para alcanzar a tocar las cuerdas celestiales de las arpas angelicales. Nos hemos dicho a nosotros mismos que no hay conexión entre la tierra y el Cielo.

Un enorme muro negro nos divide. Un estrecho de aguas innavegables nos cierra la puerta. Nuestras oraciones no pueden llegar al Cielo, ni nuestras alabanzas pueden afectar a los celestiales. Aprendamos de nuestro texto cuán equivocados estamos. Después de todo, por mucho que parezcamos estar excluidos del Cielo y del gran universo, somos una provincia del vasto imperio unido de Dios y lo que se hace en la tierra se conoce en el Cielo, lo que se canta en la tierra se canta en el Cielo. Y hay un sentido en el que es cierto que las lágrimas de la tierra se lloran de nuevo en el Paraíso y las penas de la humanidad se sienten de nuevo, incluso en el Trono del Altísimo.

Mi texto nos dice: "Hay gozo delante de los ángeles de Dios, por un pecador que se arrepiente". Parece como si me mostrara un puente por el cual podría cruzar a la eternidad. Me exhibe, por así decirlo, ciertos cables magnéticos que transmiten la inteligencia de lo que se hace aquí a los espíritus de otro mundo. Me enseña que hay una conexión real y maravillosa entre este mundo inferior y el que está más allá de los cielos, donde mora Dios, en la tierra de los bienaventurados.

Hablaremos un poco sobre ese tema esta mañana. Mi primer punto será la simpatía del mundo de arriba con el mundo de abajo. El segundo, el juicio de los ángeles: ellos se regocijan por el arrepentimiento de los pecadores, veremos cuál es su motivo para hacerlo. El tercero, será una lección para los santos: si los ángeles en el cielo se regocijan por el arrepentimiento de los pecadores, nosotros también deberíamos hacerlo.

En primer lugar, nuestro texto nos enseña **LA SIMPATÍA DE LOS DOS MUNDOS**. ¡No te imagines, oh Hijo del Hombre, que estás separado del Cielo, porque hay una escalera, cuya parte superior descansa al pie del Trono del Todopoderoso, cuya base está fijada en el lugar más bajo de la miseria del hombre! No concibáis que hay un gran abismo entre vosotros y el Padre, a través del cual Su misericordia no puede pasar, y sobre el cual vuestras oraciones y fe nunca podrán saltar. Oh, no pienses, Hijo del Hombre, que habitas en una isla cubierta por la tormenta, aislada del continente de la eternidad. Te suplico, cree que hay un puente a través de ese abismo, un camino a lo largo del cual los pies pueden transitar.

Este mundo no está separado, porque toda la creación es un solo cuerpo. Y sabes, oh hijo de hombre, que, aunque sólo vives en este mundo de paso, sin embargo, desde los pies hasta la cabeza, hay nervios y venas que unen el todo. El mismo gran corazón que late en el Cielo late en la tierra. El amor del Padre Eterno que alegra a los celestiales, alegra también a los terrestres. Ten la seguridad de que, aunque la gloria de lo celestial es una y la gloria de lo terrestre es otra, sin embargo, no son más que otra en apariencia, porque después de todo, son lo mismo. Oh, escucha, hijo del hombre, y pronto aprenderás que no eres un extraño en una tierra extraña, un José sin hogar en la tierra de Egipto, excluido de su Padre y de sus hijos, que aún permanecen en el paraíso feliz de Canaán.

No, tu Padre todavía te ama. Hay una conexión entre tú y Él. ¡Es extraño que, aunque haya leguas de distancia entre la criatura finita y el Creador infinito, sin embargo, hay vínculos que nos unen a ambos! Cuando una lágrima sea derramada por vosotros, no penséis que vuestro Padre no ve, porque, "Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece el Señor de los que le temen". Tu suspiro es capaz de conmover el corazón de Jehová, tu susurro puede inclinar Su oído hacia ti, tu oración puede detener Sus manos, tu fe puede mover Su brazo. ¡Oh, no penséis que Dios está sentado en lo alto en un sueño eterno, sin tenernos en cuenta! "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti."

Grabado en la mano del Padre permanece tu nombre, y en Su corazón está grabada allí tu persona. Pensó en ti antes de que se hicieran los mundos, antes de que se excavaran los canales del mar, o las gigantescas montañas levantaran sus cabezas hacia las nubes blancas, Él pensó en ti. Él piensa en ti todavía. "Yo, el Señor, lo guardo. La regaré a cada momento: para que nadie la dañe, la guardaré de noche y de día". Porque los ojos del Señor recorren de un lado a otro en todo lugar, para mostrarse fuerte a favor de todos los que le temen. No estás separado de Él, te mueves en Él y en Él vives y tienes tu ser. "Él es una ayuda muy presente en tiempo de angustia".

Recuerda, de nuevo, oh Heredero de la Inmortalidad, que no solo estás vinculado a la Deidad, sino que hay otro en el Cielo con quien tienes una conexión peculiar, pero cercana. En el centro del Trono se sienta Aquel que es vuestro Hermano, unido con vosotros por sangre. El Hijo de Dios, eterno, igual a su Padre, se hizo en la plenitud de los tiempos el Hijo de María, un infante en un lapso de tiempo. Él era, sí, es, hueso de vuestro hueso y carne de vuestra carne. No penséis que estáis separados del mundo celestial, mientras Él está allí. ¿No es Él tu cabeza y Él mismo no ha declarado que eres miembro de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos? Oh, hombre, no estás separado del cielo mientras Jesús te dice:

***“Siento en Mi corazón todos vuestros suspiros y vuestros gemidos,  
porque vosotros estáis muy cerca de Mí, de Mi carne y Mis huesos.  
En todas tus angustias, tu Cabeza siente el dolor,  
todas ellas son muy necesarias, ninguna es en vano”.***

Oh, pobre doliente desconsolada, Cristo se acuerda de ti cada hora. Tus suspiros son Sus suspiros, tus gemidos son Sus gemidos, tus oraciones son Sus oraciones,

***“Él en Su medida siente de nuevo,  
Lo que cada miembro lleva”.***

Crucificado es Él cuando estás crucificado, Él muere cuando tú mueres. Vosotros vivís en Él y Él vive en vosotros y porque Él vive, vosotros también viviréis; resucitaréis en Él y os sentaréis juntamente con Él en los lugares celestiales. Oh, nunca estuvo el marido más cerca de su mujer, ni la Cabeza más cerca de los miembros, ni el alma más cerca del cuerpo de esta carne, que Cristo lo está de vosotros. Y mientras sea así, no penséis que el Cielo y la tierra están divididos. No son más que mundos afines: dos barcos negros y con carbón, que han realizado el comercio costero, el negocio polvoriento de hoy y están llenos de la oscuridad del dolor. Y ese barco todo dorado, con su pendón pintado ondeando y su vela toda desplegada, blanco como el plumón de un ave marina, hermoso como el ala de un ángel.

Te digo, hombre, que el barco del cielo está amarrado al lado del barco de la tierra y la roca, aunque este barco pueda ser carenado, aunque pase por vientos tormentosos y tempestades, sin embargo, el barco invisible y dorado del cielo navega a su lado. ¡Nunca separados, nunca divididos, siempre listos, para que cuando llegue la hora, saltéis del barco negro y oscuro, y piséis la cubierta dorada de aquel tres veces feliz en el que navegaréis para siempre!

Pero, oh Hombre de Dios, hay otros lazos de oro además de este que unen el presente con el futuro y el tiempo con la eternidad. ¿Y qué son el tiempo y la eternidad, después de todo, para el creyente, sino como los gemelos siameses, que nunca se separan?

Esta tierra es el Cielo abajo, el próximo mundo no es más que un Cielo arriba. Es la misma casa: este es el aposento bajo y el alto, pero el mismo techo cubre a ambos y el mismo rocío cae sobre cada uno. Recuerda, amado, que los espíritus de los justos hechos perfectos nunca están lejos de ti y de mí si somos amantes de Jesús. Todos aquellos que han pasado el diluvio todavía tienen comunión con nosotros. ¿No cantamos...

***“Los santos en la tierra y todos los muertos,  
hacen una sola comunión,  
todos se unen en Cristo, la Cabeza viva,  
y participan de su gracia”?***

Tenemos una sola Cabeza para la Iglesia triunfante y para la Iglesia militante:

***“Un ejército del Dios viviente,  
ante su mandato nos inclinamos,  
parte del ejército ha cruzado el diluvio,  
y parte está cruzando ahora”.***

¿No nos dice el Apóstol que los santos de arriba son una nube de testigos? Después de haber mencionado a Abraham, Isaac, Jacob, Gedeón, Barac y Jefté, ¿no dijo: “Por tanto, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso?” He aquí, corremos por las llanuras y los glorificados nos miran desde arriba. Los ojos de tu madre te siguen, jovencito. Los ojos de un padre te miran desde arriba, jovencita. Los ojos de mi piadosa abuela, glorificada desde hace mucho tiempo, no lo dudo, se posan en mí perpetuamente. Sin duda, en el Cielo se habla a menudo de nosotros. Me parece que a veces visitan esta pobre tierra, nunca salen del cielo, es verdad, porque el cielo está en todas partes para ellos. Este mundo es para ellos sólo un rincón del Cielo de Dios, una glorieta sombreada del Paraíso.

Los santos del Dios viviente están, sin duda, muy cerca de nosotros, cuando los pensamos muy lejos. De todos modos, todavía se acuerdan de nosotros, todavía nos buscan, porque esto está siempre en sus corazones, la verdad de que ellos sin nosotros no pueden ser perfeccionados. No pueden ser una Iglesia perfecta hasta que todos estén reunidos y, por lo tanto, anhelan nuestra aparición.

Pero, para llegar a nuestro texto un poco más minuciosamente. Nos asegura que los ángeles tienen comunión con nosotros. Espíritus brillantes, hijos primogénitos de Dios, ¿piensan en mí? Oh, querubines, grandes y poderosos; serafines, ardientes, alados con relámpagos, ¿piensan en nosotros? Gigantesca es tu estatura.

Nuestro poeta nos dice que la vara de un ángel podría hacer un mástil para algún alto almirante, y sin duda tenía razón al decirlo. Esos ángeles de Dios son criaturas poderosas y fuertes, que cumplen sus mandamientos, escuchan su palabra, ¿y se fijan en nosotros?

Dejemos que la Escritura responda: "¿No son todos espíritus ministradores, enviados para ministrar a los que han de ser herederos de salvación?" "El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen". "Porque él dará mando a sus ángeles sobre vosotros; para guardarte en todos tus caminos. En sus manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra". Sí, los ángeles más brillantes no son más que los servidores de los santos, son nuestros servidores y nuestros lacayos. Ellos esperan por nosotros, son las tropas de nuestra guardia personal. Y podríamos, si nuestros ojos estuvieran abiertos, ver lo que Eliseo vio: caballos de fuego y carros de fuego a nuestro alrededor, de modo que podamos decir con alegría: "Más son los que están con nosotros que los que están contra nosotros".

Nuestro texto nos dice que los ángeles de Dios se regocijan por los pecadores que se arrepienten. ¿Cómo es eso? Siempre son tan felices como pueden ser, ¿cómo pueden ser más felices? El texto no dice que sean más felices, pero quizás que muestren más su felicidad. Un hombre puede tener un reposo todos los días, como debería tenerlo si es cristiano y, sin embargo, el primer día de la semana dejará que su sabbatismo salga a la luz, porque entonces el mundo verá que él descansa. "Un corazón alegre tiene un banquete continuo". Pero incluso el corazón alegre tiene algunos días especiales en los que se da un buen festín.

Para los glorificados, cada día es un día de reposo, pero de algunos días se puede decir: "y ese día de reposo fue un gran día". Hay días en que los ángeles cantan más fuerte de lo habitual. Siempre están cantando bien la alabanza de Dios, pero a veces las huestes reunidas que han estado revoloteando lejos a través del universo regresan a su centro, y alrededor del Trono de Dios, de pie en filas apretadas, ordenados no para la batalla sino para la música, en ciertos días fijos y señalados cantan las alabanzas del Hijo de Dios, "quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros".

¿Y me preguntas cuándo ocurren esos días? Os digo que el cumpleaños de todo cristiano es un día de soneto en el Cielo. Hay días de Navidad en el Paraíso, donde se celebra la misa mayor de Cristo y Cristo es glorificado no porque nació en un pesebre, sino porque nació en un corazón quebrantado. Hay días, días buenos en el Cielo, días de soneto, días de letras rojas, de adoración desbordante. Y estos son días en que el Pastor trae a casa la oveja perdida sobre Su hombro, cuando la Iglesia ha barrido su casa y ha encontrado la moneda perdida. Porque entonces estos amigos y vecinos son convocados y se regocijan con gozo inefable y glorioso por un pecador que se arrepiente.

Así espero haberles mostrado que hay una mayor conexión entre la tierra y el Cielo de lo que cualquiera de nosotros soñó. Y ahora que ninguno de nosotros piense, cuando miramos hacia el cielo azul, que estamos lejos del Cielo. Está a muy poca distancia de nosotros, cuando llegue el día iremos allí a toda prisa, incluso sin caballos y carros de fuego. Balaam la llamó una tierra que está muy lejos. Ahora sabemos mejor que es una tierra que está muy cerca. Incluso ahora,

***“Por la fe unimos nuestras manos  
Con las de los que nos precedieron.  
Y saludamos a las bandas rociadas de sangre  
Sobre la orilla eterna”.***

¡Salve, espíritus brillantes! Ahora les veo. ¡Salve, ángeles! ¡Salve, hermanos y hermanas redimidos! Unas pocas horas, días o meses más y nos uniremos a su multitud dichosa. Hasta entonces, tu gozosa comunión, tu dulce compasión serán siempre nuestro consuelo y nuestro alivio, y habiendo superado todas las tormentas de la vida, finalmente anclaremos contigo en el puerto de la Paz Eterna.

**2.** Pero se dice que los ángeles cantan cada vez que un pecador se arrepiente. A ver si hay algún **JUICIO EN SU CANTO**, o si se equivocan. ¿Por qué los ángeles cantan por los pecadores arrepentidos?

En primer lugar, creo que es porque recuerdan los días de la creación. Sabéis cuando Dios hizo este mundo y fijó los rayos de los cielos en portalámparas de luz, las estrellas del alba alababan juntas y los hijos de Dios gritaban de alegría. Mientras veían estrella tras estrella volar como chispas del gran yunque de la Omnipotencia, comenzaron a cantar, y cada vez que veían una nueva criatura hecha sobre esta pequeña tierra, alababan de nuevo. Cuando vieron la luz por primera vez, aplaudieron y dijeron: “Grande es Jehová, porque dijo: ‘¡Sea la luz!’ y la luz fue”. Y cuando vieron el sol, la luna y las estrellas, volvieron a batir palmas y dijeron: “Ha hecho grandes lumbreras, porque Su misericordia es para siempre. El sol para gobernar el día, porque Su misericordia es para siempre. La luna para gobernar la noche, porque para siempre es Su misericordia.” y sobre todo lo que hizo, entonaron cada vez más esa dulce canción: “Creador, tú debes ser magnificado, porque tu misericordia es para siempre”.

Ahora, cuando ven que un pecador regresa, ven la creación nuevamente, porque el arrepentimiento es una nueva creación. Ningún hombre se arrepiente hasta que Dios hace en él un corazón nuevo y un espíritu recto. La verdad, no sé, desde el día en que Dios hizo el mundo, a excepción de los corazones nuevos, los ángeles han visto a Dios hacer cualquier otra cosa.

Él puede, si así lo ha querido, haber creado nuevos mundos desde ese tiempo, pero quizás el único ejemplo de nueva creación que han visto desde el primer día, es la creación de un corazón nuevo y un espíritu recto dentro del pecho de un pobre pecador arrepentido, por eso cantan, porque la creación viene de nuevo.

No dudo, también, que cantan porque contemplan las obras de Dios brillando de nuevo en excelencia. Cuando Dios hizo el mundo por primera vez, dijo de él: "Es muy bueno", no podría decirlo ahora. Hay muchos de ustedes de los que Dios no podría decir eso. Tendría que decir lo contrario, tendría que decir: "No, eso es muy malo, porque el rastro de la serpiente ha barrido tu belleza; esa excelencia moral que una vez habitó en la madurez, ha pasado". Pero cuando las dulces influencias del Espíritu llevan a los hombres al arrepentimiento y la fe nuevamente, Dios mira al hombre y dice: "Es muy bueno". Porque lo que hace Su Espíritu es como Él mismo: bueno, santo y precioso, y Dios sonrío de nuevo sobre Su creación hecha dos veces y dice una vez más: "Es muy bueno". Entonces los ángeles comienzan de nuevo y alaban su nombre, cuyas obras son siempre buenas y llenas de belleza.

Pero, amados, los ángeles cantan por los pecadores que se arrepienten, porque saben de lo que ha escapado ese pobre pecador. Tú y yo nunca podemos imaginar todas las profundidades del Infierno. Excluidos de nosotros por un velo negro de oscuridad, no podemos contar los horrores de esa lúgubre mazmorra de almas perdidas. Afortunadamente, los lamentos de los condenados nunca nos han sobresaltado, pues mil tempestades no eran más que el susurro de una doncella, en comparación con el gemido de un espíritu condenado. No nos es posible ver las torturas de aquellas almas que moran eternamente en una angustia que no conoce alivio. Estos ojos se convertirían en bolas ciegas de oscuridad, si se les permitiera por un instante mirar dentro de ese espantoso santuario de tormento.

El infierno es horrible, porque podemos decir de él que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre para concebir los horrores que Dios ha preparado para los que le aborrecen, pero los ángeles saben mejor de lo que tú o yo podríamos adivinar. Lo saben, no es que lo hayan sentido, pero recuerdan ese día cuando Satanás y sus ángeles se rebelaron contra Dios. Recuerdan el día en que la tercera parte de las estrellas del Cielo se rebeló contra su señor feudal. Y no han olvidado cómo la diestra roja de Jehová-Jesús fue envuelta en truenos. No olvidan aquella brecha en las almenas del Cielo cuando, desde las mayores alturas hasta las más bajas profundidades, Lucifer y sus huestes fueron arrojados.

Nunca olvidaron cómo, con el sonido de la trompeta, persiguieron al enemigo volador hasta los abismos de la desesperación negra.

Y, a medida que se acercaban al lugar donde la gran serpiente ha de ser encadenada, recuerdan cómo vieron a Tofet, que fue preparado en la antigüedad, cuyo montón es fuego y mucha leña, y recuerdan cómo, cuando daban hacia atrás su vuelo, toda lengua calló, aunque bien podrían haber gritado la alabanza de Aquel que conquistó a Lucifer. Pero en todos ellos se posó un solemne temor de Aquel que podía herir a un querubín, y ponerlo en cadenas sin esperanza de desesperación eterna.

Sabían lo que era el Infierno, porque habían mirado dentro de sus fauces y habían visto a sus propios hermanos encerrados dentro de ellos. Y, por eso, cuando ven a un pecador salvado, se regocijan, porque hay uno menos para ser alimento del gusano que nunca muere, un alma más escapada de la boca del león.

Todavía hay una razón mejor. Los ángeles saben cuáles son los gozos del Cielo y por eso se regocijan por un pecador que se arrepiente. Hablamos de puertas de perlas y calles de oro, túnicas blancas, arpas de oro, coronas de amaranto y todo eso. Pero si un ángel pudiera hablarnos del Cielo, sonreiría y diría: "Todas estas cosas buenas no son más que palabras de niños, y ustedes son niños pequeños y no pueden comprender la grandeza de la bienaventuranza eterna y, por lo tanto, Dios les ha dado un libro de cuernos de niños y un alfabeto, en el que puedes aprender las primeras letras aproximadas de lo que es el Cielo, pero no sabes qué es realmente".

"Oh Mortal, tu ojo nunca ha contemplado sus esplendores. Tu oído nunca ha sido embelesado con sus melodías. Tu corazón nunca ha sido transportado con sus alegrías incomparables". Puedes hablar, pensar, adivinar y soñar, pero nunca podrás medir el Cielo infinito que Dios ha provisto para Sus hijos. Y por eso es que cuando ven un alma salvada y un pecador arrepentido, baten palmas, porque saben que todas esas moradas benditas son tuyas, ya que todos esos dulces lugares de eterna felicidad, son la entraña de todo pecador que se arrepiente.

Pero quiero que leas el texto de nuevo, mientras me detengo en otro pensamiento. "Hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente". Ahora bien, ¿por qué no guardan su gozo hasta que ese pecador muera y vaya al Cielo? ¿Por qué se regocijan por él cuando se arrepiente? Mi amigo arminiano, creo, debería ir al cielo para corregirlos en este asunto. Según su teoría, debe estar muy mal por su parte, porque se regocijan prematuramente. Según la doctrina arminiana, un hombre puede arrepentirse y, sin embargo, puede perderse. Puede tener la gracia para arrepentirse y creer y, sin embargo, puede caer de la gracia y ser un naufrago. Ahora, ángeles, no se apresuren. Quizás tengas que arrepentirte de esto algún día, si la doctrina arminiana es verdadera. Te aconsejo que guardes tu canto para mayores alegrías.

Bueno, ángeles, tal vez los hombres por los que están cantando hoy, tendrán que llorar mañana. Estoy bastante seguro de que Arminio nunca enseñó su doctrina en el Cielo. No sé si está allí, espero que esté, pero ya no es arminiano. Si alguna vez enseñaba su doctrina allí, sería expulsado. La razón por la que los ángeles se regocijan es porque saben que cuando un pecador se arrepiente, está absolutamente salvo, de lo contrario, se regocijarían prematuramente y tendrían una buena razón para retractarse de su alegría en alguna ocasión futura.

Pero los ángeles saben lo que Cristo quiso decir cuando dijo: "Yo doy a mis ovejas vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano". Y por eso se alegran de los pecadores que se arrepienten, porque ellos saben que son salvos.

Todavía hay un hecho más que mencionaré, antes de dejar este punto. Se dice que los ángeles "se regocijan por un pecador que se arrepiente". Ahora esta noche tendré el feliz privilegio de dar la mano derecha de la comunión a no menos de cuarenta y ocho pecadores que se han arrepentido, y habrá gran gozo y regocijo en nuestras Iglesias esta noche, porque estos cuarenta y ocho se han sumergido en una profesión de su fe, pero qué amorosos son los ángeles con los hombres, porque se regocijan por un pecador que se arrepiente. Ahí está, en ese desván donde las estrellas lucen entre las tejas. ¡Hay una cama miserable en esa habitación, con solo un poco de cobertor y ella yace allí para morir! ¡Pobre criatura! Muchas noches ha caminado por las calles en el tiempo de su alegría, pero ahora sus alegrías han terminado, ¡una enfermedad inmundada, como si un demonio estuviera devorando su corazón!

¡Se está muriendo rápido y nadie se preocupa por su alma! Pero allí, en ese cuarto, vuelve su rostro hacia la pared y grita: "¡Oh tú que salvaste a Magdalena, sálvame! ¡Señor me arrepiento! Ten piedad de mí, te lo suplico". ¿Sonaron las campanas en la calle? ¿Se tocó la trompeta? Ah, no. ¿Se regocijaron los hombres? ¿Hubo un sonido de acción de gracias en medio de la gran congregación? No, nadie lo escuchó, porque ella murió sin ser vista. ¡Pero detente! Había uno de pie junto a su cama, que notó bien esa lágrima, un ángel, que había bajado del cielo para cuidar a esta oveja descarriada y señalar su regreso. Y tan pronto como se pronunció su oración, batió sus alas y se vio volar hacia las puertas de perlas un espíritu como una estrella.

Los guardias celestiales llegaron en tropel a la puerta, gritando: "¿Qué noticias, oh Hijo de Fuego?" Él dijo: "Ya está hecho". "¿Y qué se hace?" ellos dijeron: "Pues, ella se ha arrepentido". "¿Qué? ¿La que una vez fue una gran pecadora? ¿Se ha vuelto a Cristo?" "Así es", dijo él. Y luego lo contaron por las calles y las campanas del Cielo tocaron repiques de boda, porque Magdalena se salvó y ella, que había sido una gran pecadora, se convirtió al Dios vivo.

Esto fue en otro lugar. Un pobre niño descuidado con ropa andrajosa había corrido por las calles durante muchos días. Instruido en el crimen, estaba allanando su camino hacia la horca, pero una mañana pasó por una habitación humilde donde algunos hombres y mujeres estaban sentados juntos enseñando a niños pobres y harapientos. Entró allí un beduino salvaje de las calles. Le hablaron, le hablaron de un alma y de una eternidad, cosas que nunca antes había oído. Hablaron de Jesús y de buenas nuevas de gran alegría para este pobre muchacho sin amigos. Pasó un día de reposo y otro. Sus hábitos salvajes pendían sobre él, porque no podía deshacerse de ellos.

Por fin sucedió que su maestro le dijo un día: "Jesucristo recibe a los pecadores". Ese niño corrió, pero no a su casa, porque no era más que una burla llamarlo así, donde un padre borracho y una madre lasciva mantuvieron juntos un alboroto infernal. Corrió y bajo a algún puente seco, o a algún rincón agreste y poco frecuentado, dobló sus rodillitas, la pobre criatura en sus harapos, y allí exclamó, "¡Señor, sálvame, o perezco!". Y el pequeño árabe estaba de rodillas, ¡el pequeño ladrón se salvó! Él dijo,

***"Jesús, amado de mi alma, déjame volar a Tu seno".***

Y desde ese viejo puente, desde esa choza abandonada, voló un espíritu, feliz de llevar la noticia al Cielo, que otro heredero de la gloria había nacido para Dios. Podría imaginarme muchas de esas escenas, pero, ¿tratará cada uno de ustedes de imaginarse la suya propia? Recuerdas la ocasión en que el Señor se reunió contigo. ¡Ay, poco pensasteis qué alboroto había en el Cielo! Si la Reina hubiera ordenado salir a todos sus soldados, los ángeles del Cielo no se habrían detenido a verlos. Si todos los príncipes de la tierra hubieran marchado en pompa por las calles, con todas sus vestiduras y joyas y coronas y todos sus ajueres, sus carros y sus jinetes, si las pompas de los antiguos monarcas se hubieran levantado de la tumba, si todo el poder de Babilonia, Tiro y Grecia se hubieran concentrado en un gran desfile, sin embargo, ni un ángel se habría detenido en su camino para sonreír a aquellas pobres cosas de mal gusto. Pero sobre ti, el más vil de los viles, el más pobre de los pobres, el más oscuro y desconocido, sobre ti, alas angelicales revoloteaban, y acerca de ti se dijo en la tierra y se cantó en el cielo: "¡Aleluya, porque un niño es nacido de Dios hoy!"

**3.** Y ahora debo concluir con esta **LECCIÓN A LOS SANTOS**. Creo, amado, que no te será difícil aprender. Los ángeles del Cielo se regocijan por los pecadores que se arrepienten, santos de Dios, ¿no haremos lo mismo ustedes y yo? No creo que la Iglesia se regocije lo suficiente. Todos nos quejamos lo suficiente y gemimos lo suficiente, pero muy pocos de nosotros nos regocijamos lo suficiente. Cuando llevamos a un gran número a la Iglesia, se habla de una gran misericordia, pero, ¿se aprecia la grandeza de esa misericordia? Os diré quiénes son los que más pueden apreciar la conversión de los pecadores. Son los que se acaban de convertir, o los que han sido ellos mismos grandes pecadores.

Los que se han salvado a sí mismos de la servidumbre, cuando ven venir a otros que tan recientemente han llevado las cadenas, se alegran de que bien pueden tomar el tamboril, el arpa, la flauta y el salterio y dan gracias a Dios porque hay otros presos que han sido libertados por la gracia. Pero hay otros que pueden hacerlo mejor aún y son los padres y parientes de los que se salvan. Has dado gracias a Dios muchas veces cuando has visto a un pecador salvado, pero, Madre, ¿no le diste más gracias cuando viste a tu propio hijo convertido?

¡Oh, esas santas lágrimas! No son lágrimas, son diamantes de Dios, las lágrimas de alegría de una madre, cuando su hijo confiesa su fe en Jesús. ¡Oh, el semblante alegre de la esposa, cuando ve a su marido, mucho tiempo bestial y borracho, al fin hecho hombre y cristiano! Oh, esa mirada de alegría que da un joven cristiano cuando ve convertido a su padre, que lo había oprimido y perseguido durante mucho tiempo. Estaba predicando esta semana para un joven ministro, y estando ansioso por conocer su carácter, hablé de él con aparente frialdad a una dama estimable de su congregación. En muy pocos momentos ella comenzó a entrar en calor a su favor.

Ella dijo: "No debe decir nada contra él, señor. Si lo hace, es porque no lo conoce". "Oh", dije, "lo conocí mucho antes que tú. No es mucho, ¿verdad?" "Bueno", dijo ella, "debo hablar bien de él, porque ha sido una bendición para mis sirvientes y mi familia". Salí a la calle y vi a algunos hombres y mujeres parados, así que les dije: "Debo llevarme a su ministro". "Si lo haces", dijeron, "te seguiremos por todo el mundo, si te llevas a un hombre que ha hecho tanto bien a nuestras almas". Después de recoger el testimonio de quince o dieciséis testigos, dije: "Si el hombre obtiene tales testigos como estos, que continúe. El Señor ha abierto su boca y el diablo jamás podrá cerrarla". Estos son los testigos que queremos: hombres que puedan cantar con los ángeles porque sus propios hogares se han convertido a Dios.

Espero que pueda ser así con todos ustedes. Y si alguno de vosotros es llevado a Cristo hoy, porque Él está dispuesto a recibirlos, saldréis de este lugar cantando y los ángeles cantarán con vosotros. Habrá alegría en la tierra y alegría en el Cielo, en la tierra paz y gloria a Dios en las alturas. El Señor los bendiga a todos y cada uno, por causa de Jesús.